

(Publicado en «El Comunista», 12 de abril de 1921)

No se puede aceptar de manera absoluta la tesis según la cual si el Partido Socialista italiano se muestra pasivo ante las violencias fascistas contra el proletariado, esto es debido a que rechaza el empleo de la violencia, por principio en su ala derecha, y por razones de oportunidad en su ala izquierda.

No existen adversarios por principio de la violencia, incluso entre los elementos situados más a la derecha dentro de la social-democracia italiana, como sería por otra parte el humanitarísimo pietista de los Prampolini y de los Turati. Fieles a la mentalidad contingentista (término que podría reemplazar adecuadamente, al menos en parte, al de oportunista) que deduce la táctica que adopta de las situaciones mutables sucesivas, los socialdemócratas tienen razones mucho más profundas que las de una repugnancia cristiana a la consideración hacia la violencia, para oponerse con una *respuesta violenta* a las demostraciones de fuerza fascistas: es, por una parte, el carácter particular del fascismo, y por otra parte, su propia apreciación de la situación italiana actual. Obedecen a una directriz de principio que, precisamente porque se trata de oportunistas, no pueden más que disimular detrás de un horror tolstoiano hacia el derramamiento de sangre, pero que nosotros intentaremos desenmascarar.

Empezaremos por demostrar que los presuntos franciscanos que preconizan la no-resistencia al fascismo, no obedecen a un principio pacifista general, examinando los casos en los cuales han preconizado en el pasado el método de la lucha armada, y también los casos en los cuales la *preconizarán* en el futuro.

Incluso el reformista más angelical justifica retrospectivamente la violencia que ha servido para edificar el actual orden social y conquistar las libertades cívicas y nacionales. No existen social-demócratas, por más domesticados que estén, que no consideren como sagrada la violencia que dio a Italia la libertad nacional y las garantías constitucionales, y que no hagan reverencias ante el recuerdo de los tiranidas de la antigüedad, de los revolucionarios franceses, de los combatientes de la independencia húngara, polaca, griega o checa. Su respeto no se limita por lo tanto a las guerras nacionales, sino que se extiende, como podemos observar, a las guerras civiles en las cuales no se bromea... Pero nuestros actuales campeones en ofrecer la otra mejilla, no se contentan con justificar teóricamente la violencia en ciertos casos, en algunas situaciones, exigen su empleo, como la reciente historia política ha demostrado muchas veces. En la mentalidad idílica de nuestros social-pacifistas, si la violencia era sagrada cuando se trataba de conquistar las libertades democráticas y la independencia nacional, no lo es menos cuando se trata de preservar estos bienes inestimables de cualquier amenaza y peligro.

¿No fueron insurreccionalistas en 1898?² ¿No incitaron a las masas a desmontar las ruedas de los trenes destinados a transportar tropas para la guerra de Eritrea?³ ¿Más recientemente, en agosto de 1914, cuando Italia amenazaba con

entrar en guerra al lado de sus aliados y contra Francia, nuestros social-demócratas, de acuerdo con los revolucionarios, los anarquistas, y los... republicanos, no proclamaron que llamarían al pueblo a la insurrección armada si el gobierno ordenaba la movilización?

Durante la guerra, cada vez que apareció la amenaza de esta legendaria dictadura militar (ver nota 1), de la cual hemos hablado en un artículo anterior, hablaron también de insurrección, pero únicamente preocupados por el enemigo «**exterior**». Cuando al terminar la guerra se empezó a agitar ese espantajo estúpido, votaron de nuevo decisiones abiertamente insurreccionales, como por ejemplo, una orden del día de la Cámara de Trabajo de Milán, de la cual no recuerdo la fecha. Resumiendo, cada vez que las instituciones democráticas y las libertades constitucionales fueron amenazadas (o que ellos se lo imaginasen), los reformistas hablaron de llamar a las masas a la calle para la acción armada, destacando que esto no era una jactancia, sino una disposición práctica, coherente con su teoría.

Contra las amenazas de golpes de mano por parte de D'Annunzio siempre han reclamado a la vez la violencia popular y proletaria y la represión del Estado. Por otra parte, durante la guerra, una vez más invadido el territorio nacional, han entonado himnos a los ejércitos que defendían mediante la violencia la integridad de la patria. Esta actitud y la que tomaron de cara a la amenaza de guerra contra la Entente, y que hemos señalado anteriormente, los ha unido a los demócratas intervencionistas que, por su parte, se habían unido mediante presuntos factores reaccionarios de golpes de Estado a una total adhesión a la guerra.

Todavía hay más. ¿Recordáis las alabanzas que Turati dirigió en el Parlamento a la Revolución Rusa, cuando no era todavía la de Lenin y los bolcheviques, sino la de Kerensky y los cadetes? En esta primera fase, esta revolución no fue menos sangrienta que la segunda, en la cual se instauró la dictadura proletaria despiadada, acerca de la cual Turati declaró poco después que estaba dispuesto a combatirla con las armas en la mano si llegaba a instaurarse en Italia.

No es, por tanto, una aversión teórica o sentimental respecto al empleo de la violencia la que motiva la actitud actual de los social-demócratas frente a la extensión del fascismo. Tampoco lo es el miedo, explicación que sería todavía más estúpida. El miedo puede haber influido sobre la actitud de tal o cual persona, y subjetivamente puede incluso dominar a un comunista (el miedo explica, en todo caso y en una larga lista, que muchos de los que en períodos de calma se dicen revolucionarios, sea por demagogia, sea por una falta de comprensión teórica, se han revelado como auténticos social-demócratas, y basta saber que Turati es hoy el jefe reconocido de un partido que ayer era maximalista): pero la actitud de la social-democracia italiana, a la cual pertenecen fuerzas que han sido consideradas durante largo tiempo como extremistas (y que la III Internacional ha aniquilado por fortuna), obedece a otra lógica que la del miedo, y tiene una significación mucho más

² En 1898 tuvieron lugar violentos movimientos proletarios provocados por una grave crisis económica, en particular en Milán, donde el gobernador militar Bara-Beccaris proclamó la ley marcial. El general Pelloux fue llamado al gobierno (es a esta dictadura militar a la que el texto hace alusión más adelante) y permaneció en él hasta 1900. Bajo su gobierno, los socialistas practicaron el abstencionismo al Parlamento, y reivindicaron el uso de la violencia en la calle para defender las libertades violadas y protestar contra el arresto de militantes de la extrema izquierda. El mismo Turati sufrió una larga pena de cárcel. Numerosos socialistas y anarquistas se refugiaron en el extranjero. Este período terminó con el asesinato del rey Umberto I a manos del anarquista Bresci en 1900. Fue bajo el mandato del

nuevo rey Víctor Manuel III cuando Giolitti fue llamado al poder y se inauguró la famosa edad de oro del liberalismo y del reformismo.

³ En 1895-96 se produjeron violentísimas agitaciones contra la política colonial del primer ministro Crispi en Eritrea-Etiopía, que condujo en 1896 a la derrota italiana en la batalla de Adoua. Apoyados enérgicamente por los socialistas, estos movimientos estuvieron caracterizados por motines de las tropas y sabotajes en las líneas férreas. Fueron el prólogo de los sucesos que se produjeron en Milán dos años más tarde, al mismo tiempo que el epílogo de los movimientos de Sicilia en 1894 y de su represión violenta.

grave.

Si preguntáis a los penetrantes teóricos de nuestro reformismo nacional sobre cuál es el lazo entre las actitudes heroicas que hemos señalado con anterioridad, y su actual política de dimisión, entre sus posturas leoninas del pasado y los balidos de ovejas que dan hoy, os contestarán que no hay nada de eso. Os dirán, incluso ironizando, que no son, ni quieren serlo, teóricos y artifices de generalizaciones, que no han trazado nunca esquemas generales, que la historia es tan inestable que no se la puede encerrar dentro de cuadros tan rígidos, que son muy cultos, muy sutiles, muy sensatos y muy... astutos como para dedicarse a ejercicios de esa clase, muy dignos de nuestro crítico extremismo infantil.

A pesar de esto, nosotros, que nos empeñamos en ser esquemáticos, dogmáticos y simplificadores en materia teórica, tenemos una explicación plausible para estas actitudes sucesivas de la social-democracia italiana, explicación que rinde a su coherencia los honores que su modestia rechaza. Existe una tesis típicamente anti-marxista y anti-comunista según la cual el desarrollo posterior de la sociedad humana debería proceder de acciones graduales y pacíficas, mediante las únicas armas que la democracia electiva ofrece para la defensa de los intereses de los diversos grupos sociales y de las tendencias que los expresan. Pero según esta tesis, si este derecho fundamental al voto y a las libertades constitucionales se ve amenazado por fuerzas estatales o extra-estatales, el empleo de la violencia popular se convertiría en un derecho sagrado, de igual forma que la insurrección armada dirigida para establecer de nuevo ese mínimo de derechos garantiza la posterior ascensión de las masas. No es éste el lugar para repetir que tal teoría no constituye solamente renegar definitivamente del socialismo, sino que además es de una abstracción y de un esquematismo verdaderamente estúpidos, y que ha recibido de la realidad —por no decir nada de nuestra polémica— terribles desmentidos. Lo que sí debemos hacer constatar es que esta teoría justifica de maravilla las sucesivas actitudes de la derecha socialista recordadas con anterioridad.

Las conquistas de la revolución burguesa — independencia nacional o garantías democráticas— estaban amenazadas, era preciso defenderlas con los medios que precisamente las han hecho posibles. Según la mentalidad social-demócrata, la violencia no es condenable en tanto que violencia, sino solamente en la medida en que el proletariado la utiliza para emanciparse, en lugar de utilizar los medios ofrecidos por la democracia, los cuales son más eficaces según el reformismo. Pero si estos medios se cuestionan, sólo la violencia puede preservarlos contra la reacción. Naturalmente tal violencia no es exclusiva de una sola clase, sino de una colaboración entre los trabajadores y los elementos de «**izquierda**» de la burguesía.

Resumiendo (espero que la conclusión no parezca aventurada, ya que hemos desdeñado mil argumentos análogos a los precedentes), los socialdemócratas están por la violencia a condición de que ésta sirva para defender una conquista burguesa, una institución burguesa, ya que según ellos «**las instituciones democráticas constituyen el terreno indispensable para la emancipación del proletariado**». Si la violencia sirve exclusivamente al proletariado y a su acción de clase contra el régimen burgués, incluso contra las reglas constitucionales (que según nosotros son específicamente burguesas y sirven únicamente a la defensa de los intereses burgueses, en tanto que para los social-demócratas son un patrimonio social situado por encima de las clases), y sobre todo si la violencia está dirigida contra la democracia burguesa para abolirla, como la Revolución Rusa y la III Internacional nos han enseñado, entonces se convierte en algo criminal a los ojos de los social-demócratas, que lógicamente llegan a la conclusión de que contra las tendencias y los movimientos de inspiración

comunista, la violencia es legítima.

¿Por qué nuestros reformistas clásicos se oponen a la reacción violenta contra el fascismo? *Porque saben que el fascismo no es en realidad un movimiento anti-democrático que tenga como fin la supresión del régimen electivo.* Ven muy bien que la violencia fascista no está dirigida a suprimir la democracia burguesa, ni tan siquiera para aplastar el socialdemocratismo obrero, sino únicamente para defender el régimen democrático burgués contra los asaltos revolucionarios del proletariado. Los trabajadores comunistas se salen de los marcos de la lucha parlamentaria y proclaman su intención de conquistar el poder por la violencia; la burguesía se organiza para oponerseles con la ayuda de las milicias fascistas, no para suprimir la democracia, sino para defenderla de nosotros, comunistas, que queremos abolirla.

Esta es la única explicación posible del hecho de que los socialistas, que como hemos podido ver admiten por todas partes la violencia popular contra todo atentado a los derechos democráticos, exhortan actualmente a las masas a no rebelarse, sino a recurrir a los medios legales para defenderse cada vez que el adversario parece amenazarlas. Sabiendo que el fascismo no tiene la intención de privarlos indefinidamente del derecho de voto, creen que bastará para volver a la calma, el *hacer en el futuro un uso exclusivo de los derechos democráticos.*

En Italia, hoy, la primera función del fascismo es despejar todo lo que podía haber de artificial en los proyectos de lucha revolucionaria comunista, aislar a los verdaderos adversarios del régimen vigente de todos sus posibles auxiliares. Ocultándose tras el maximalismo, no tiene la intención inmediata de acabar con todo lo verdadero que existe en el movimiento comunista (ese movimiento está hoy organizado en nuestro Partido), sino únicamente de arrinconar a la mayor parte del PSI en un reniego definitivo del comunismo y en una alianza con los demás defensores de la democracia burguesa.

Por esto es necesario comprender las declaraciones que repiten los dirigentes fascistas sobre los problemas obreros y las recientes palabras de Mussolini: «**Sin querer darnoslas de profetas, se puede anticipar el resultado de las elecciones en lo que concierne a los socialistas: resultarán derrotados y el triunfador no será Filippo Turati. Las acciones de este hombre, que en el Congreso de Bolonia estaban casi reducidas a cero, son hoy muy cotizadas dentro del Partido Socialista. La historia le ha dado la razón. Pero sin el fascismo, Turati habría caído ya desde hace tiempo en el olvido**». Sin querer darnoslas de profetas, podemos decir que el segundo período de la acción fascista será un período de acción directa contra la fracción irreductiblemente revolucionaria y comunista del proletariado, acerca de la cual se hace hoy un ostensible silencio. Entonces la distinción entre los diversos enemigos jurados del comunismo se habrá atenuado; el fascismo no se presentará más como una fuerza ajena al Estado, y la socialdemocracia puede que se halle a la cabeza de dicho Estado.

Nosotros dudamos tanto menos de esta segunda fase de la cual somos obstinados teóricos, pensamos que los fascistas han llevado a cabo una obra de clarificación que no ha resultado inútil para nosotros. Pensamos de igual manera que el resultado de la primera fase de las violencias fascistas —la conversión de pseudo-maximalistas a la colaboración de clase— favorece indirectamente la orientación y la preparación revolucionarias de las masas, de tal forma que se puede ya preguntar sobre quién dará la señal de la segunda batalla que librárá la burguesía. Sea quien sea el que la inicie, está claro que no terminará por medio de una alianza, sino por la derrota definitiva de uno de los dos adversarios en presencia.

¡Y cuidado con los vencidos, sean de donde sean!